



Foro Internacional

ISSN: 0185-013X

revfi@comex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

HERNÁNDEZ COLORADO, JAIME

Claudio Lomnitz, El antisemitismo y la ideología de la Revolución Mexicana, trad. de Mario Zamudio,
México, Fondo de Cultura Económica, 2010, 102 pp.

Foro Internacional, vol. LII, núm. 2, enero-marzo, 2012, pp. 523-529

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59929084014>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

comparada con las políticas de Argentina, Uruguay y Chile, por el número de desaparecidos y el tipo de delitos cometidos.

Finalmente, llama la atención que a pesar de que los regímenes militares del Cono Sur pactaron sus salidas imponiendo candados para que los culpables no recibieran castigo, en la actualidad se están resolviendo esos casos, o al menos hay un reconocimiento oficial; pero en México hemos quedado muy atrás en estas políticas que tramitan el pasado, tanto es así que cuando la Fiscalía sacó un informe en 2006, filtrado por la prensa, que contenía una lista de crímenes de Estado, que dicen “no tenía nada que envidiar a los cometidos por las dictaduras del Cono Sur” (p. 356), éste desapareció de la página electrónica de la PGR y no se sabe qué pasó con él. Queda la impresión de que en México aún tenemos muchas cuentas pendientes con el pasado, que es indispensable saldar para poder transitar a una verdadera democracia.

Este libro subraya la importancia que tiene el desenvolvimiento de cada país en las políticas que buscan justicia en contra de delitos de lesa humanidad. Nos recuerda que aún queda mucho por hacer y nos ayuda a comprender cómo conformaron las distintas políticas de acuerdo a los arreglos institucionales en cada país. Es necesario volver a establecer claramente, mediante actos concretos, que la función última del Estado es proteger la vida humana y no destruirla. Enterrar el pasado y no hacer frente al horror vivido es peligroso para el futuro de cualquier gobierno democrático, pues si no conectan estos crímenes de Estado con el hecho político que los provocó, la participación y el consenso necesarios para gobernar quedarán como palabras huecas.⁸

AMÉRICA QUETZALLI VERA BALANZARIO

Claudio Lomnitz, *El antisemitismo y la ideología de la Revolución Mexicana*, trad. de Mario Zamudio, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, 102 pp.

La afirmación de que el caso Dreyfus definió el siglo xx es certera y válida, sobre todo porque en distintos ámbitos de la vida ese suceso de finales del siglo xix marcó una pauta importante. La vuelta al antisemitismo, en algunos casos sin la necesidad de judíos, fue algo relevante en Francia, no

⁸ Mariclaire Acosta, “La violación generalizada de los derechos humanos como política de gobierno: notas sobre el caso latinoamericano”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 46, 1984, p. 349.

porque fuera novedoso, pues Georg von Schrönerer lo había inaugurado ya en la Austria de fin de siglo, sino porque logró definir claramente una figura de *bouc émissaire*.¹

La amenaza al orden nacional francés que significó el caso Dreyfus vino paradójicamente de los errores que cometieron en ese proceso dos instituciones defensoras de ese orden: el ejército y la iglesia. De ese modo, la polarización obligada que el suceso generó en la sociedad francesa —y en otras— fue sumamente relevante en términos de que definió, además, el papel de los intelectuales, representados firmemente en la figura y el compromiso de Émile Zolá como un reconocido defensor de la causa de Alfred Dreyfus, de los denominados “dreyfusards”.

Por otro lado, el nacionalismo francés encontró en Dreyfus al enemigo perfecto. Además de convertirlo en la encarnación de las amenazas al orden establecido y a la integridad de la nación, los “anti-dreyfusards” encontraron que era, providencialmente, miembro del pueblo judío. El resultado más palpable de este evento fue la configuración de un enemigo común de los nacionalistas franceses, opuestos a todo aquel que atentara contra la patria y sus intereses. Así Dreyfus se convirtió en el enemigo de la patria francesa, y por extensión también sus hermanos de raza.

Sin embargo, el elemento subyacente de esa definición de los enemigos de la nación francesa es claro: los judíos se convirtieron en un chivo expiatorio, igual que lo serían para tantos nacionalismos europeos ya en el siglo xx: el fascismo alemán o el régimen español de Francisco Franco, del que no fueron la única, ni la principal “cabeza de turco”.²

Por ello es posible hablar de antisemitismo sin judíos. Es decir, de la integración de un grupo como sujeto propiciatorio, al que se tratara con el mismo odio que los nacionalistas franceses a los judíos por el caso Dreyfus. Esta idea, además, fue un modelo de canalización de los odios colectivos en ciertos regímenes europeos y de otras partes del mundo, incluido México.

En el caso mexicano, durante el Porfiriato, fueron los “Científicos” los “judíos mexicanos”, aunque la relación de cualquiera de sus miembros con la “raza traidora” fuera poco más que inexistente. Fue suficiente, en cambio, que ellos encarnaran, como se decía de los judíos, la esencia del cambio, del camino hacia el progreso y la modernización. A ello hay que sumar además que sus miembros se incorporaron a las filas de Zolá, como intelectuales que eran.

Otro elemento es que el caso Dreyfus además de que sirvió de ejemplo de traición a la patria, dio lugar a que se iniciara una nueva ola de antisemitismo. Se les pretendió definir como los agentes del cambio, del progreso,

¹ Chivo expiatorio.

² En castellano, expresión sinónima de “chivo expiatorio”.

de la modernización, cosas a las cuales los nostálgicos del siglo XIX temían. Eso, además de ser falso, era terriblemente injusto con los reales agentes del cambio y la modernización. Aún en el antisemitismo del siglo XX se intentó culpar de todos los males a los judíos, como banqueros y abogados, dominadores de una política supeditada a intereses económicos, de los que, según los profetas del antisemitismo, los judíos eran dueños.

Hoy en día, todo lo que tenía que argumentarse en contra de la inverosimilitud de los antisemitas de la primera hora, se ha dicho. Aunque del antisemitismo han quedado esas identificaciones decimonónicas, vistas, por ejemplo, en una clave de alguna trasnochada tribu urbana de Cincinnati –y de muchos sitios en Estados Unidos y, me atrevo a decir, en el mundo– cuyo término para decir “abogado” es *jew*.

En su texto el autor intenta –y logra– defender como hipótesis que si bien en los antisemitismos europeos los judíos se convirtieron en el grupo hacia el cual se dirigieron los odios colectivos, en México, antes, durante y después de la Revolución mexicana esos odios se dirigieron hacia los “Científicos” como grupo, cuya existencia, huelga decirlo, fue poco más que informal y no delimitada.

El odio de los revolucionarios mexicanos hacia el régimen de Porfirio Díaz, dice Claudio Lomnitz, estuvo focalizado en la figura de los “Científicos”. Eran ellos los transgresores del orden anterior, que la mayoría de los grupos que lucharon en la Revolución se empeñaban en mantener. Por eso el autor hace referencia a la frase que John Womack Jr. coloca en la introducción de su libro *Zapata y la Revolución Mexicana*: “Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución”.³

El autor es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia. De entre sus publicaciones es bien conocido el libro *Las salidas del laberinto: cultura e ideología en el espacio nacional mexicano* (trad. de Cinna Lomnitz, México, Joaquín Mortiz, 1995), y el más reciente *Vicios públicos, virtudes privadas: la corrupción en México* (México, Ciesas-Miguel Ángel Porrúa, 2000), del que fue coordinador. Además es necesario referirnos a su artículo “Por mi raza hablará el nacionalismo revolucionario: breve arqueología de la unidad nacional”, en el que desarrolla el proceso de formación de la “raza mexicana”, la que, sostiene, tuvo implicaciones positivas y negativas importantes: por un lado fue la base del nacionalismo revolucionario, mientras que por otro “le puso límites de largo plazo a los horizontes culturales de México”.⁴

³ John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, trad. Francisco González Arámburo, México, Siglo XXI, 1969, p. xi.

⁴ Publicado en el libro Javier Garciadiego y Emilio Khourí (comps.), *Revolución y exilio en*

El ensayo que dio origen a *El antisemitismo y la ideología de la Revolución Mexicana* fue publicado por la revista *Representations*,⁵ en la primavera de 2010, y retomado por el Fondo de Cultura Económica para publicarlo en su colección Centzontle, en el marco del festejo de los centenarios de las revoluciones de México. Sin lugar a dudas esta edición fue uno de los mayores logros del Fondo en 2010, por la calidad del documento y la bien cuidada edición.

La obra consta de ocho capítulos, breves pero sustantivos. Cada uno está dispuesto de manera que el argumento original del autor se va desarrollando conforme se hilvanan los capítulos. En las primeras páginas, el lector encuentra una introducción que se convierte en la hoja de ruta para entender la relación que guardan los “Científicos” con el antisemitismo europeo y el caso Dreyfus. Al concluir el último de los ocho capítulos, Lomnitz ofrece al lector que lo ha seguido por poco más de noventa páginas una conclusión en la que condensa los argumentos que desarrolló a lo largo del libro.

En la introducción, el autor empieza a esbozar lo que será su argumento, hablando de las características particulares de los “Científicos” y de la forma en que los percibía la opinión pública en aquel momento. El autor habla de un “odio generalizado” hacia ese grupo, animadversión que provino no sólo de los revolucionarios, sino también de algunos grupos que formaban parte de la élite gobernante. A más de ser un odio de clase, la reacción que se generó en contra de los “Científicos” tuvo raíces en el antisemitismo moderno, precisamente porque la identidad de clase de los miembros del grupo era escurridiza. Como el progreso mexicano había, a finales del siglo XIX, dependido fuertemente de la inversión extranjera, y existía por tanto un miedo generalizado a una “conquista pacífica”, los “Científicos” fueron el grupo hacia el cual se dirigieron los odios colectivos, evidentemente porque eran los que tenían cierto grado de cosmopolitismo y relación política y económica con los inversionistas extranjeros que estaban trayendo el progreso al país. La asociación entre el “traidor” y el cosmopolitismo y las finanzas hizo posible articular el antisemitismo europeo. Así también el antisemitismo sin judíos en México, en contra de los “Científicos”. Haciendo énfasis, el autor sostiene que fue el antisemitismo mexicano de finales del siglo XIX el que ayudó a forjar un nacionalismo “revolucionario, dependiente e hipermasculino”.

la historia de México: del amor de un historiador a su patria adoptiva: homenaje a Friedrich Katz, México, El Colegio de México / ERA / Universidad de Chicago, 2010.

⁵ Revista de la Universidad de California dedicada a la publicación de trabajos sobre cultura, su pasado y presente.

En el capítulo “¿Quiénes eran los ‘Científicos?’”, el autor caracteriza al grupo señalando la falta de claridad al delimitarlo, además de la heterogeneidad de los pretendidos miembros, diferenciando la francofilia de Justo Sierra, de la cercanía de Francisco Bulnes con la cultura inglesa, cosa que no hacían los rivales del grupo.

Al explicar el origen de su denominación, en el segundo capítulo, Lomnitz señala que sus detractores los llamaron “Científicos” a modo de mofa, por haber pretendido, con la creación de la Unión Liberal (1892), articular un programa de reformas a la administración pública, intentando dar un fundamento “científico” a las políticas públicas.

En el cuarto apartado, el autor desarrolla la hipótesis de que los odios colectivos de los revolucionarios que, como lo escribió Womack, hicieron la revolución para que nada cambiara, se canalizaron hacia los “Científicos” como representantes de un progreso que iba, paulatinamente, alcanzando a las comunidades campesinas. A menudo el odio hacia ellos era mucho mayor que aquel hacia el dictador, pues, según Heriberto Frías –quien los llamó “la liga de los científicos judíos” (cualquier cosa que esto signifique)–, Díaz y el vicepresidente Corral habían sido “víctimas” de ellos. En otro punto habla de la corrupción en contra de la que actuaron los revolucionarios, vicio del que la mayoría de los “Científicos” eran culpables.

El quinto capítulo, y el más robusto, es oportunidad para que al autor detalle las repercusiones del caso Dreyfus en México, frente a los “Científicos” y a sucesos como la Guerra Hispano-estadounidense. En la prensa mexicana se desarrolló una corriente de opinión que, desafecta a los “Científicos”, reprochó además a Dreyfus y tomó una clara actitud “anti-dreyfusard”, desde medios como *El País* y *El Correo Español*, en donde se hacía una extrapolación del caso Dreyfus a la Guerra de Cuba, señalando que los “Científicos” eran los “Dreyfus” de México al apoyar a Estados Unidos en una lucha en la que debían apoyar a España. En otro sentido, la bandera del nacionalismo la tomaron distintos grupos, quienes aprovecharon para denostar a los “Científicos”, que fueron desde los anarquistas que editaron *Regeneración*, hasta aquellos que apoyaban la candidatura del general Bernardo Reyes a la presidencia.

En el capítulo sexto, titulado “La sucesión presidencial y la consolidación del odio por los ‘Científicos’”, el autor establece que las pautas para el odio por ese grupo las dieron el caso Dreyfus y la Guerra de Cuba, eventos que la derecha católica usó en contra de ellos. De esa manera, al final del gobierno de Díaz, los “Científicos” se habían convertido en el “pararrayos” de toda la animadversión hacia el régimen.

Partiendo de la definición de Bar-Tal, el chivo expiatorio es aquel a quien se acusa injustamente de la desgracia propia, cargos que pueden

llevar a “animosidad que, en consecuencia, puede derivar en una persecución legal, una discriminación violenta o en violencia”.⁶ Y los “Científicos”, para 1910, eran el *bouc émissaire* de una “religión” nacionalista mexicana, dominante entre los que estaban haciendo la revolución.

En un momento dado, además, la prensa amarillista presionaba a Díaz para que identificara a los miembros desleales y leales de la élite, mofándose de la burguesía urbana –a la que pertenecían los “Científicos”– llamándola incluso “afeminada”. En ese momento fue que sucedió el evento conocido como el “Baile de los 41”.⁷ Fue también en ese periodo que el general Reyes y los dirigentes del Partido Liberal Mexicano arreciaron la ofensiva contra los “Científicos”, disputándose la etiqueta de auténticos liberales, en la polémica posterior a la publicación de *El verdadero Juárez*,⁸ libro que suscitó las respuestas de varios críticos como Hilarión Soto y Frías, Victoriano Salado Álvarez y Carlos Pereyra.⁹

En el octavo capítulo, “La importancia del odio por los “Científicos””, el autor concreta que el odio hacia ese grupo adoptó la forma de antisemitismo moderno porque se forjó en la misma fragua que el caso Dreyfus, amén de que como los judíos en Europa a finales del siglo XIX “la figura del *científico* fue una obsesión que concentró todo el valor negativo del gran capital”. Sumado a ello, como ya se ha dicho, la ausencia de judíos reales entre los “Científicos” pareció importar poco a quienes articularon esa forma de antisemitismo. A pesar de que acusadores y acusados sabían que la etiqueta de “judíos” era metafórica, ello no implicó que dejara de afectar el destino posterior de los judíos en México, cuando se los marginó como exiliados de la Segunda Guerra Mundial, a menos, por supuesto, que fueran intelectuales o políticos de reconocido prestigio. Esto se derivó, afirma Lomnitz, de que posterior a la campaña contra los “Científicos” la concepción que los liberales mexicanos tenían de los judíos cambió radicalmente, y así la posición solidaria que tuvieron hacia ellos en el siglo XIX.

⁶ Daniel Bar-Tal, “La monopolización del patriotismo”, *Psicología Política*, vol. 11, 1995, p. 53.

⁷ Para ampliar el conocimiento acerca de este hecho, véase Robert McKee Irwin, Edward J. McCaughan y Michelle Rocío Nasser (comps.), *The Famous 41: Sexuality and Social Control in Mexico, c. 1901*, Nueva York-Hampshire, Palgrave Macmillan, 2003.

⁸ Francisco Bulnes, París, Ch. Bouret, 1904.

⁹ Véanse las respuestas de cada uno: Hilarión Soto y Frías, *Juárez glorificado, y la intervención y el imperio ante la verdad histórica: refutando con documentos, la obra del Señor Francisco Bulnes intitulada El verdadero Juárez*, México, Central, 1905; Victoriano Salado Álvarez, *Refutación de algunos errores del señor Don Francisco Bulnes en su obra: El verdadero Juárez. El papel de Juárez en la defensa de Puebla y en la campaña del 63*, México, Revista Positiva, 1904; y Carlos Pereyra, *Juárez discutido, como dictador y estadista: a propósito de los errores, paradojas y fantasías de don Francisco Bulnes*, México, Económica, 1904.

Finalmente, creo pertinente resaltar una aseveración del autor, cuando dice “el antisemitismo moderno fue una piedra fundamental en el edificio del nacionalismo revolucionario mexicano, y las actitudes políticas hacia los extranjeros, el cosmopolitismo, la influencia extranjera y la corrupción, todo fue infectado por él”. Es cierto que esta conclusión tiene un componente polémico, aunque, desde mi punto de vista, lo que plantea es que el antisemitismo contribuyó, como otros varios factores, a la construcción y fortalecimiento del nacionalismo revolucionario mexicano. Pensar que lo que hace Lomnitz en este libro es responsabilizar al antisemitismo –hacia los “Científicos”– de la Revolución mexicana y del fuerte nacionalismo que la sucedió es erróneo.

Parece más bien que la intención del autor en este consistente y sólido ensayo es poner a debate la preponderancia que tuvo el odio hacia los “Científicos”, elemento importante en la formación de un nacionalismo mexicano que, después de la revolución de 1910, acabó por entronizarse y por seguir usando con réditos políticos la animadversión hacia el grupo en cuestión, quienes muy probablemente, como dice Lomnitz, “hayan sido la élite tecnócrata más cosmopolita que México haya tenido jamás, y es interesante hacer notar que, en el nacionalismo revolucionario mexicano, les tocó desempeñar el papel de judíos”.

JAIME HERNÁNDEZ COLORADO